

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
1 de noviembre de 2012
Mt 5, 1-12

Hoy, queridos hermanos y hermanas, la Iglesia celebra en una sola fiesta a todos aquellos hombres y mujeres, de toda nación, raza, pueblo y lengua (cf. Ap 7, 9), que ya disfrutaban del reino de Jesucristo y, por tanto, de la visión de Dios. Todos han compartido, al menos al término de sus vidas, la condición fundamental para llegar a disfrutar de este reino. Lo hemos oído en el evangelio de las bienaventuranzas, cuando Jesús dice: *Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Tener el corazón limpio es lo que hermana a todos los bienaventurados que hoy veneramos. Con esta expresión de la limpieza de corazón, el Señor designa la pureza interior; aquella actitud que hace que el centro de la persona sea desinteresado, disponible para vivir con fidelidad a Dios. Aquella actitud, por tanto, que mueve a vivir con rectitud en el pensar y en el obrar. Al decir *dichosos los limpios de corazón*, Jesús, no pone tanto el acento en la perfección moral como en la simplicidad de corazón que lleva a vivir centrado en Dios y a hacer su voluntad.

La pureza de corazón sólo es posible, sin embargo, acogiendo la gracia de Jesucristo. Por ello, la solemnidad de hoy es, en primer lugar, alabanza a Cristo que con su Misterio pascual nos ofrece a la humanidad entera la posibilidad de ver a Dios y de encontrar la plenitud y la felicidad en él. Y, en segundo lugar, la solemnidad de hoy manifiesta nuestra alabanza a los santos por su respuesta al don de Jesucristo. Y, además, en tercer lugar, la celebración de hoy nos invita a pedir la oración de todos los santos para que nos ayuden a seguir el camino que lleva a la pureza de corazón y a la plenitud de nuestra realidad personal.

Nos alienta saber que los santos no necesariamente vivieron durante toda la vida la pureza de corazón. En algunos fue una opción tardía porque descubrieron su valor cuando su edad era avanzada, lo que cuenta es el proceso final de conversión y de amor abnegado. También nos ayuda a tener una visión amplia del plan salvador de Dios pensar que, entre los que contemplan a Dios y que hoy veneramos bajo la expresión de "todos los santos", también los hay que no descubrieron la fe en esta vida, pero vivieron con rectitud y con sinceridad de corazón, haciendo el bien según la propia conciencia. Fue un vez traspasado el umbral de este mundo que encontraron el rostro de Jesucristo como término de lo que ellos, sin saberlo, habían buscado con su vida buena. Los cristianos sabemos que la luz del Espíritu Santo y la semilla del Evangelio de Cristo también actúan más allá de los que hemos recibido el don de la fe (cf. *Nostra aetate*, 2). Y esto nos anima a dar a conocer, a los hombres y mujeres de buena voluntad que no comparten nuestra fe, el amor de Dios Padre y la entrega personal de Jesucristo, el Señor, porque los conozcan ya en esta vida como fuerza para su vivir y su actuar.

Estos hombres y mujeres que son felices por haber sido de los *limpios de corazón* y que ahora ven a Dios, eran también los que tenían *hambre y sed de justicia* y ahora son saciados con la contemplación de Dios que satisface sus deseos más profundos. Son, como dice el libro del Apocalipsis, *una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar*. Con una gran diversidad de temperamentos y sensibilidades, vividos en circunstancias históricas y sociales muy diferentes las de unos y otros. Con vocaciones variadas dentro de la Iglesia y en el seno de la sociedad. Pero movidos todos por la pureza de corazón, por la rectitud en el obrar, por la adhesión o la proximidad a la palabra de Jesucristo, que les posibilitaron superar los peligros de la

vida y vencer el mal con el bien. Y, ahora, están hermanados en la alabanza al Dios Uno y Trino y en el servicio de la intercesión en favor de la humanidad.

Son, como decía, un estímulo para nosotros. Vemos cómo en la Iglesia de hoy también hay diversidad de temperamentos y sensibilidades, y también que hay diversidad de lecturas respecto de las urgencias de nuestro tiempo y de la manera de atenderlas. Pero esta diversidad la debemos vivir desde la comunión fraterna, desde la convicción de que la unidad en la fe y en el amor es compatible con un pluralismo de formas y de expresiones, según aquel principio tan lleno de sabiduría eclesial formulado por San Agustín: en las cosas necesarias debe haber unidad, en las opinables, libertad, y en todo y siempre tiene que haber el amor abnegado.

En este sentido, la solemnidad de hoy nos ofrece una orientación para vivir nuestra fe cristiana en el tiempo presente y una perspectiva de horizonte para la eternidad. Porque nos habla de cómo Jesucristo nos muestra el camino de la pureza de corazón para indicarnos cuál es el sentido de la vida; de cómo Jesucristo nos salva de la indignidad moral a causa del pecado que poco o mucho nos contamina y nos dice que la muerte corporal no es el final de la persona. Porque veneramos una multitud de hombres y mujeres que ya han muerto pero que sabemos por la palabra de Jesucristo que viven en Dios para siempre.

Estos días conmemoramos el cincuenta aniversario del inicio del Concilio Vaticano II. En la base de la renovación de la Iglesia, situó la santidad de vida de los bautizados. "En la Iglesia -dice- todos están llamados a la santidad" porque "todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad -dice todavía- suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena" (Lumen Gentium, 39). La llamada universal a la santidad, pues, no supone una evasión ante los demás ni sustraernos a los problemas de la sociedad y del país. Al contrario. Debemos ser servidores, tal como nos recuerdan los obispos de Cataluña ante las próximas elecciones, en un momento particularmente importante para nuestro país y en el contexto de la crisis económica y de valores que invade la sociedad. El camino hacia la santidad, pasa tanto por la vivencia de la fe y de la oración, como también pasa por la solidaridad y "por respeto a la dignidad inalienable de las personas y de los pueblos" (cf. Nota del 05 de octubre 2012).

Que la gracia transformadora de la Eucaristía nos haga crecer en la santidad y nos impulse a ser testigos del Evangelio de la paz, de la justicia, del amor fraterno y de la felicidad sin fin.